TRAS EL RASTRO DE LA ASTARTÉ DE EL CARAMBOLO

Fernando Fernández Gómez

RESUMEN

Basado en las Jornadas sobre Valencina de la Concepción celebradas el pasado año, se hace un análisis de la situación de este yacimiento, uno de los más importantes de la Edad del Cobre en toda la Península, y de la actuación en él de los arqueólogos y de la Administración en nuestros días.

SUMMARY

Vicisstudes in the finding of the bronce statute of Astarte, that actually is kept in Seville Archaeological Museum, are recollected, indicating the exact place where it was found near El Carambolo hill, and the dates of Manuel Luque, the one who found it.

Astarté es muy conocida desde antiguo, desde hace miles de años. Ya hace cerca de 3000 que la Biblia nos habla de ella en el Antiguo Testamento, para incluirla entre los ídolos más invocados por el pueblo fenicio, con un culto tan extendido que su nombre llega a utilizarse ya sólo, ya como un genérico de todo tipo de ídolos femeninos. Y profetas (Samuel, I, 7, 3-4), jueces (Jc 2, 13; 10, 6) y reyes (1 R 11, 5; 11, 33) de Israel claman contra "las Astartés": *El rey profanó los altos que estaban frente a Jerusalén, al sur del Monte de los Olivos, que Salomón, rey de Israel, había construido a Astarté, monstruo abominable de los sidonios* (2 R 23, 13).

Un ídolo tan extendido y de culto tan generalizado por todo el Mediterráneo, no podía faltar entre nosotros, que tan intensamente sufrimos, diríamos demagógicamente, la colonización fenicia, la influencia de aquellas gentes venidas del otro lado del Mediterráneo que se llevaron nuestras riquezas, sobre todo las riquezas de nuestras minas, nuestra plata, nuestro cobre. Aunque a cambio nos dejaron muchas cosas que no se hubieran podido comprar con minerales, pues se trataba de bienes culturales: la escritura, el torno del alfarero, el conocimiento del hierro, una nueva orfebrería basada en el conocimiento de la soldadura que hizo posibles los grandes tesoros tartésicos, y otros bienes. También un nuevo ritual funerario, que introducía la incineración, tan de moda en nuestros días, y una nueva religión, con dioses personales por primera vez entre nosotros, y nominados, con los mismos nombres que podemos leer en la Biblia. Y entre ellos Astarté, como la gran diosa, como la diosa madre, la protectora de la ciudad de la que venían la mayor parte de los navegantes que llegaban hasta nosotros, de Tiro, y protectora, sin duda, también de ellos, de los navegantes, los cuales, en algún caso, agradecidos por haber escuchado la diosa la voz de su plegaria, ante dificultades o peligros felizmente solventados en la travesía, le ofrecen dones en cumplimiento de votos.

Y esto no nos lo inventamos nosotros. Figura escrito en el pedestal de la pequeña imagen de la diosa que podemos contemplar en el Museo Arqueológico de Sevilla, en una pequeña vitrina frente a las joyas del tesoro de El Carambolo, donde todos podemos verla, en una inscripción que pasa por ser el texto escrito más antiguo que conocemos de la Península (fig. 1) y el único en el que figura ella con su nombre, lo que permite su perfecta identificación (Escacena, 2010: 103).

Como todos podemos leer lo mucho que sobre la diosa, y sobre esta pequeña imagen en concreto, y sobre la inscripción que la enriquece y la identifica, se ha dicho y escrito, nosotros no vamos aquí a repetirlo. No somos, además; los más indicados. Hay muchos especialistas dedicados a ello. Y en

la bibliografía indicamos algunos de estos libros básicos para conocer a Astarté en su profundo significado y en la influencia que tuvo por todo el Mediterráneo en la época de las colonizaciones fenicias (Blázquez, 1975: 110; Aubet, 1987: 133; Bonnet, 1996).

Vamos a fijarnos, sin embargo, en un detalle que hasta ahora no estaba resuelto, y al que la mayor parte de los investigadores no puede dedicarse por razón de la distancia. Nos referimos al problema de su procedencia exacta, dato que Amores Carredano (2010: 414) lamenta haya sido comúnmente minusvalorado en la literatura arqueológica.

Fig. 1. Astarté de El Carambolo.

Porque en todos los libros en los que se trata de la diosa, a los que remitimos, cuando hablan de la imagen del Museo de Sevilla, los autores dicen unas veces que procede del mercado de antigüedades, otras que de Sevilla, sin dar más detalles, y otras sencillamente que de El Carambolo, pero sin aportar ningún dato verificable. Porque no existen.

Últimamente se ha referido a ella F. Amores (Amores y otros, 2009: 42), asegurando no sólo que procedía de El Carambolo, sino que una de las construcciones descubiertas en las últimas excavaciones realizadas en el yacimiento por Álvaro Fernández y Araceli Rodríguez (2010: 203), bajo su tutela y la de Escacena Carrasco (Amores, 2010: 396), como miembros del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, era el templo donde se la veneraba. Pero al dato no se le podía dar mayor fiabilidad, porque también sugería que la imagen del Melkart que asimismo se muestra en el Museo de Sevilla, podría estar relacionada con el pretendido santuario (Amores y otros, 2009: 40), cuando de la procedencia de este pequeño bronce no tenemos ningún dato en absoluto, pues pertenece a la Colección Municipal de Sevilla, que era la de Mateos Gago, y este canónigo sabemos que compraba todas las antigüedades que le ofrecían y consideraba de interés, sin ponerse a analizar su procedencia, que entonces interesaba poco. O sea, que no podemos asegurar ni siquiera que sea de Sevilla. Con las mismas probabilidades podría ser de Cádiz o de Huelva. Y como procedente, sin más, de la Colección Municipal, figura en los inventarios del Museo.

Algo más explícita es la ficha en la que constan los datos de la sugerente Astarté. En ella, con datos manuscritos de la antigua directora del Museo, Concepción Fernández Chicarro, que la firma el “9 de enero de 1974”, y registrada con el número RE 11.136, consta que procede del “Cerro de El Carambolo, en el término municipal de Camas (Sevilla)”, y que ingresó en el Museo, “por donación de D. Joaquín Romero Murube”, el día “20 de Octubre de 1963”. Para quienes no son de Sevilla, donde es suficientemente conocido, debemos aclarar que el Sr. Romero Murube había sido durante algunos años Delegado del Patrimonio Artístico de la Provincia, cargo que compatibilizaba con el de Director de los Reales Alcázares.

Con el Sr. Romero Murube no hemos podido hablar lamentablemente, pues falleció hace ya muchos años. Pero como él tenía buenas relaciones con la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, a la que quiso donar toda su biblioteca, donde se conserva, en una sala presidida por su retrato, una hermosa obra del pintor Juan Miguel Sánchez, hemos revisado los papeles de la Academia, y los de la antigua Comisión de

Monumentos, tan estrechamente relacionada con ella, y cuyos archivos conserva. Pero en ellos no hemos hallado ni una sola referencia a la imagen de la Astarté. Tampoco en las hemerotecas hemos encontrado nada que pueda proporcionar datos sobre su aparición. Está claro que, al contrario de lo que sucedió con el tesoro de El Carambolo, el hallazgo de la Astarté pasó desapercibido. Nadie le dio mayor importancia, a pesar de ser reconocido actualmente como uno de los objetos más singulares hallado en el yacimiento (Escacena, 2010: 102).

Hemos revisado asimismo las fuentes antiguas, los autores que primero hablan de ella. Y la noticia más antigua que encontramos es la del Prof. D. Juan de Mata Carriazo, que en el discurso de apertura del VIII Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Sevilla, en 1963, leído en la Universidad el mismo día en que Conchita Fernández Chicarro redactaba la ficha inventario de la pieza, se refería a la figura como "gentil dama egipcia" cuyo hallazgo ha tenido lugar, "en circunstancias misteriosas", "ahora, cuando ya preparábamos este Congreso, como para dar la bienvenida a los señores congresistas". Se atreve a "clasificarla como correspondiente a la dinastía XXV, la contemporánea de Salomón y Tartesos". Y aclara que "en el frente del plinto o escabel hay una inscripción que todavía no ha podido ser leída, por no habernos atrevido a limpiarla". Y se pregunta "¿Qué dirá esta inscripción? ¿Qué mensaje vino con ella hasta Andalucía desde el remoto Egipto o la interpuesta Fenicia?". O sea que, ya desde un principio, se admitió por los propios responsables de la arqueología provincial que la estatuita había aparecido en circunstancias misteriosas.

García y Bellido, sin embargo, en el estudio de "los bronces tartésicos" que realiza para el V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, dice haber sido él quien la diera a conocer en el Congreso de Estudios Judíos celebrado en Jerusalén, en 1965 (García y Bellido, 1969: 164), aunque en nota a pie de página reconoce, obviando a Carriazo, que "fue dada a conocer por doña C. Fernández Chicarro en el Catálogo de la exposición arqueológica celebrada en Sevilla con ocasión del VIII Congreso Nacional de Arqueología…"

Pero lo que nos interesa es que tampoco él recoge ninguna noticia nueva sobre su origen. Se limita a decir, y así comienza su estudio, que "aunque sin circunstancias conocidas, hemos de destacar el hallazgo fortuito de esta estatuilla que, desde ahora, ha de figurar entre los descubrimientos más importantes acaecidos estos últimos años… Se ha dicho que procede de El Carambolo, lugar cercano a Sevilla… La figurita fue entregada al Museo de Sevilla… por el Sr. Romero Murube… en 20 de octubre de 1963. Debió aparecer poco antes, hacia los años 1960 a 1962, sin que sepamos cómo ni en qué

ambiente arqueológico".

Al año siguiente la recoge D. José Mª de Mena, en su Historia de Sevilla (1970: 11), donde le dedica un breve capítulo titulado "La Venus del Carambolo", y dice de ella: "Por mi parte puedo añadir el hallazgo, realizado por un obrero, en los terrenos de El Carambolo, de una figurita de bronce que representa a la diosa Isis egipcia... La figurita, encontrada la víspera del hallazgo del tesoro…, fue entregada por el obrero a don José Hidalgo Molina, quien me la hizo llegar, y que a mi vez puse en manos de don Joaquín Romero Murube…".

Casi nonagenario, pero todavía felizmente entre nosotros, perfectamente lúcido y con excelente memoria, nos hemos entrevistado con D. José María de Mena. Nos recibe en el Casino Militar, del que es asiduo visitante. Charlamos durante un par de horas, de todo. Hasta del desastre de Annual. Y lógicamente de la Astarté, que era el objeto de la entrevista. No necesito tomar nota de lo que me dice, porque lo que tiene que decirme lo trae escrito en un folio mecanografiado, en el que viene a repetir lo que dice en su libro.

Que la figurita fue "encontrada por un obrero de los que excavaban en el Tiro de Pichón de El Carambolo para hacer las zanjas para la suelta de pichones. Se la guardó en el canasto de la comida, porque '*esa muñeca de bronce la puedo vender en una chatarrería, y dos kilos de bronce me valdrán un dinero'*.

"Pero al encontrarse al día siguiente el Tesoro de El Carambolo, el hombre se asustó, '*pues si alguno me ha visto guardarme algo en el canasto, pensarán que me he encontrado parte del tesoro, y me meterán en la cárcel.*

"Así que vino con el señor Medina, a quien le había hecho alguna obra en su casa. Este señor Medina había sido secretario del Ministro Blasco Garzón en la época de la República, y ahora trabajaba en la Administración de Radio Sevilla".

"El señor Medina me contó el asunto, y el hombre me entregó 'la muñeca de bronce' que, naturalmente, identifiqué como una diosa fenicia o cartaginesa".

"Tranquilicé al hombre, y llamé por teléfono al entonces Comisario Regional de Bellas Artes Don Joaquín Romero Murube, quien me dijo que retuviera la estatuilla, y que él hablaría con el Director General de Bellas Artes. Retuve la estatuilla y la llevé a mi casa, donde quedó instalada sobre la tapa del piano de mi hija".

"La recepción oficial de la estatuilla fue difícil, pues el Director General de Bellas Artes no tenía en aquel momento relación oficial con el Museo Arqueológico. Y se iniciaron los trámites, que increíblemente duraron más de

un año en venir la autorización para que yo entregase la estatuilla en el Museo Arqueológico".

"Pero no me satisfizo del todo el solucionar la entrega, pues tenía la vaga idea de que existía o había existido alguna disposición legal en virtud de la cual, cuando se encuentra algún objeto de valor, el Estado lo tasa, se queda con un tercio el Estado, se da otro tercio al hallador y el otro tercio al propietario del terreno donde se hizo el hallazgo".

"Y así se hizo… tres años más tarde. Cuando el pobre hombre ya se había olvidado del hallazgo, fue sorprendido por la buena nueva de que acudiera al Banco de España, donde le entregaron algo así como diez mil pesetas. Un poquito más de lo que podía ganar en un año en su trabajo. Un sabroso final tras los cuatro o cinco años de espera. Pero más vale tarde que nunca."

Aunque D. Jose María conserve una espléndida memoria, hay detalles que requerirían una explicación más detallada, pero como no nos van a ayudar a aclarar el problema del origen de la pieza, los pasaremos por alto. Y volveremos sobre ellos más adelante.

Carriazo volverá a referirse a la estatuita en su Protohistoria de Sevilla (1974: 209) y en un libro de bolsillo de la Universidad (1978: 35), pero sin aportar nada nuevo sobre su lugar de origen, que seguirá sin ser "cosa segura", a pesar de haber sido ya por entonces objeto de una extensa bibliografía, en gran parte dedicada al estudio de la inscripción que presenta el plinto en el que la figurilla apoya sus pies, y que Carriazo dice que él fue el primero en descubrir, y Solá Solé será el primero en leer (1966: 97ss.). En el pie de la fotografía que inserta en este último libro añade, sin embargo, un detalle: "estatuita… que se dice encontrada en el mismo cerro, poco antes que el tesoro". Pero hasta tal punto parece desconfiar de la noticia que en su monumental obra sobre "Tartesos y El Carambolo", publicada unos años antes, en 1973, y en la que recoge hasta los materiales procedentes del famoso corte estratigráfico que llevó a cabo con Raddatz en Carmona, se olvida, sin embargo, de la Astarté de El Carambolo. Lo cual no deja de ser sintomático.

En 1979 Blanco Freijeiro recogerá en esa misma Colección de Bolsillo de la Universidad (1979: 98) a la "preciosa Astarté de bronce, atribuida a este yacimiento", de El Carambolo, con una nota al pie en la que dice que "fue entregada al Museo en 1962 por D. Joaquín Romero Murube, a quien se la había dado, bajo promesa de sigilo, uno de los obreros empleados en el Tiro de Pichón antes de la aparición del tesoro".

Tal como está redactado parecería que la estatuilla había estado en poder del Sr. Romero Murube una serie de años, ya que el tesoro apareció en

1958. Pero habría que pensar que fue el obrero quien la retuvo durante esos años.

Blázquez, que la recoge en su monumental obra sobre Tartessos (1975: 111), auténtico corpus de todos los hallazgos relacionados con la colonización fenicia en la Península conocidos hasta su publicación, vuelve a referirse a ella como aparecida "en el cerro de El Carambolo, aunque este dato de procedencia no es totalmente seguro; lo que sí es cierto es que se recogió en los alrededores de Sevilla".

Y así podríamos seguir citando hasta hoy a unos autores y otros, todos repitiéndose y lamentándose de la falta de datos arqueológicos seguros sobre la procedencia de la estatuilla, que impide ir más allá en algunas hipótesis. Entre los más expresivos en este sentido están A. Caballos y J.L. Escacena, los cuales, al referirse a ella en el catálogo que preparan para la presentación del tesoro en 1992, con motivo de la Exposición Universal de Sevilla, dicen que "se ha venido suponiendo que asimismo procedía de El Carambolo. Sin embargo, esta asignación dista mucho de ser segura; y su vinculación con El Carambolo pudo haber sido exclusivo resultado del impacto causado por el hallazgo del tesoro" (Caballos y Escacena, 1992: 51).

Manuel Luque Ramírez es un hombre sencillo. Su nombre no nos suena como todos los anteriores, a pesar de ser un gran artista, que tiene incluso algún premio de nuestra Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla. Pero no hace ostentación. Pinta, modela, dibuja y esculpe simplemente por vocación, por inquietud. Aunque ya está jubilado, prejubilado por la desaparecida Tabacalera Española, sigue asistiendo a las clases de la Facultad de Bellas Artes, para tener oportunidad de vivir lo que no pudo vivir de joven, el ambiente universitario, la posibilidad de copiar de modelos vivos, de comparar sus obras con las de otros compañeros, de ir conociendo las nuevas técnicas, de recibir consejos y sugerencias, de seguir formándose. Ha tenido así oportunidad de asistir a clases de Maireles, Pérez Aguilera, García Ruiz, Juan Cordero y otros ilustres profesores, de lo que se siente orgulloso.

Hace tan sólo unos meses visitábamos en esa Facultad de Bellas Artes a nuestro buen amigo Antonio Bautista, profesor de Dibujo, Jefe del Departamento de Morfología Anatómica de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Sevilla, a quien, estando en activo, recibía yo con frecuencia cuando era Director del Museo Arqueológico de Sevilla para asuntos relacionados sobre todo con las esculturas de Itálica que se guardan en el Museo, y con las que él realizó algunos trabajos cuando era Director de la Escuela Taller de Santiponce, con la que llevó a cabo una espléndida tarea que, lamentablemente, no tuvo después

continuidad.

Me recibió ahora él a mí confiadamente en el mismo aula en la que estaba trabajando, atendiendo a un alumno, ya mayor, que le hacía algunas preguntas. Nos presentó, añadiendo un “por cierto, que Manuel Luque me ha dado una noticia que puede interesarte. Tenía previsto llamarte yo a ti para decírtelo”.

-Sí, intervino Manuel. Y me espetó, sin más preámbulo: es que, mire usted, yo, hace muchos años, fui el que se encontró la Astarté del Museo.

-¿La estatuilla sedente de bronce?

-Sí, sí. La que está en la Sala del tesoro de El Carambolo, en una vitrinita pequeña, sola para ella.

-¿Y cómo no has dicho eso antes?

-Lo he dicho a mucha gente, pero nadie me ha hecho caso nunca. Lo he dicho en el Ayuntamiento, a las distintas corporaciones, se lo he dicho a los arqueólogos que han estado excavando por allí, incluso han llegado a hacerme alguna entrevista, y han grabado mis declaraciones, pero nunca han trascendido. Parece que a nadie le interesaba la noticia.

-¿Es posible?

-Como se lo digo. Usted es el primero a quien parece llamarle la atención.

-¿Y no se te ocurrió nunca ir al Museo a decirlo, en los más de treinta años que he estado yo allí?

-Pues la verdad es que no. Estás trabajando y no vas a salir del trabajo sólo para eso, que además piensas que no tiene importancia, pues lo de menos es saber quien la encontró, una vez que la pieza ya está en el Museo.

-No tiene importancia saber quién la encontró, pero sí saber dónde se encontró, y en qué circunstancias, que todavía no lo sabemos. ¿Y dónde fue, si puede saberse?

-Yo estoy deseando decirlo. Al ladito de mi casa, al pie del Cerro de El Carambolo. Donde vivía de niño y donde sigo viviendo, aunque haya cambiado de casa.

Le hice saber que la noticia tenía un gran interés, pues aportaba una luz necesaria a algo que, después de medio siglo de investigaciones y estudios sobre la Astarté y el mundo tartésico en general, todavía permanecía oscuro.

Quedamos en vernos al día siguiente, 9 de junio, en el Ayuntamiento. Allí nos reunimos con Dª. Eva Pérez, asesora cultural del Ayuntamiento, con asistencia también del Prof. Antonio Bautista. Pretendíamos que los responsables correspondientes del Ayuntamiento tomaran buena nota del lugar donde Manuel

Luque decía que había encontrado la estatuilla, y que mantuvieran el lugar como de interés arqueológico excepcional, si algún día se llevaba a cabo allí cualquier tipo de obra. En presencia de todos, Manuel marcó con precisión en el plano municipal el lugar exacto donde creía haberla encontrado (fig. 2). Hubiera sido nuestro deseo visitar el lugar en ese mismo momento, pero no era posible. Lo dejamos para unos días más tarde.

Fig. 2. Manuel Luque marca con precisión el lugar exacto del hallazgo.

Visitamos el lugar y nos reunimos en su casa, la que él mismo se hizo al casarse, y en la que vive con su amable esposa, Ana María, y sus tres hijos. Y en ella nos contó su historia y los detalles del hallazgo.

Manuel había nacido el 16 de Octubre de 1948, en Montilla (Córdoba), pero su familia se había trasladado a Camas, en busca de mejores condiciones de vida, en 1957. De niño, en las horas libres, se dedicaba a coger pajarillos por medio de “costillas”, pequeñas ballestas que enterraba en el suelo, dejando asomar sólo el cebo, por lo general pequeños gusanillos. Era su contribución al sustento familiar como el mayor de siete hermanos. El padre se dedicaba inicialmente al negocio del carbón, que iba vendiendo por las calles. Después fue obrero de HASA, la Hispano Aviación.

Un día de otoño de 1959, un año después, por tanto, de la aparición del tesoro, fue a colocar su costilla en los alrededores de su casa, en la vaguada que se halla entre el cerro de El Carambolo y el inmediato, al final de lo que hoy es la Calle de San José. Escarbando en la tierra seca para esconder la costilla, su mano tropezó con una figurilla de bronce que se hallaba casi en superficie (fig. 3). Era entonces aquella una tierra de labor que solía sembrarse de maíz, mientras en la ladera del cerro, hasta la cumbre, crecían los olivos, como en nuestros días (fig. 4). Una tierra llana en la pendiente del cerro, a modo de escalón natural, actualmente urbanizada, a la altura aproximada del nº 5 de la citada Calle de San José, en la Barriada de La Extremeña, unos metros más acá o más allá, en el extremo sudoriental de un pequeño espacio acotado ahora como humilde campo de juegos para niños (fig. 5), una zona en la que no parece se hayan llevado a cabo nunca grandes remociones del terreno, y en la que, por tanto, si algún día los hubo, puede seguir habiendo restos arqueológicos (fig. 6).

Fig. 3. A y B. Recreación del momento del hallazgo. Dibujos de Manuel Luque.

Fig. 4. Detrás del árbol grande que se observa a la izquierda, apareció la estatuilla. Al fondo, la vega del Guadalquivir.

Fig. 5. En la esquina inferior del espacio cercado, por detrás del niño que cruza la calle.

No recuerda que alrededor de la Astarté hubiera ninguna estructura que le llamara la atención, ni cerámicas, ni ningún otro tipo de materiales que pudieran ser arqueológicos. Al hallarse tan en superficie, piensa que la figura pudo venir rodada desde un lugar más alto, quizá arrastrada por los arados, ya que, dado el desnivel del terreno, era costumbre de los labradores arar aquella tierra de arriba a abajo. A pesar de todo, teniendo en cuenta que siempre se araba con bestias y la escasa profundidad que alcanzaban aquellos arados, no podía hallarse inicialmente a una gran profundidad, sino muy cerca de la superficie.

No fue consciente nunca de la importancia del hallazgo hasta que, pasados los años, siendo ya mayorcito, vio con enorme sorpresa la figura en el Museo Arqueológico de Sevilla. Lo que sí recuerda es que desde el momento de su hallazgo le llamó mucho la atención su aspecto; sobre todo cuando, al llegar a casa y lavarla, se dio cuenta de sus rasgos, que le movieron a llamarla "mi egipcia" y a colocarla como sujetalibros en una estantería (fig. 7). Nunca reparó, sin embargo, en la existencia de la inscripción que lleva en el pedestal, y que Carriazo alardea, con razón, de haber sido el primero en descubrir. Y a nadie dio cuenta nunca del hallazgo, no por mantener un secreto, sino por no

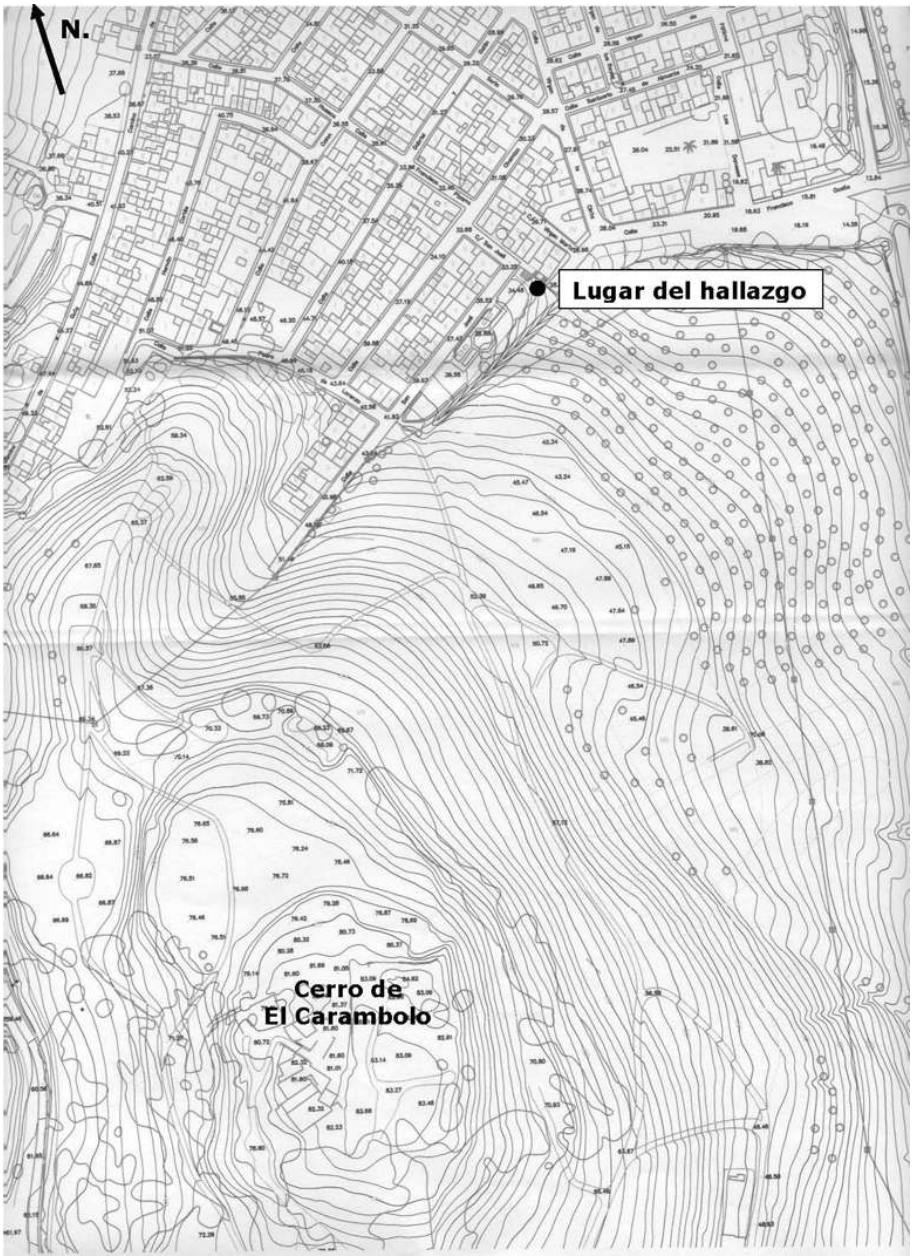

Fig. 6. Lugar de hallazgo de la Astarté.

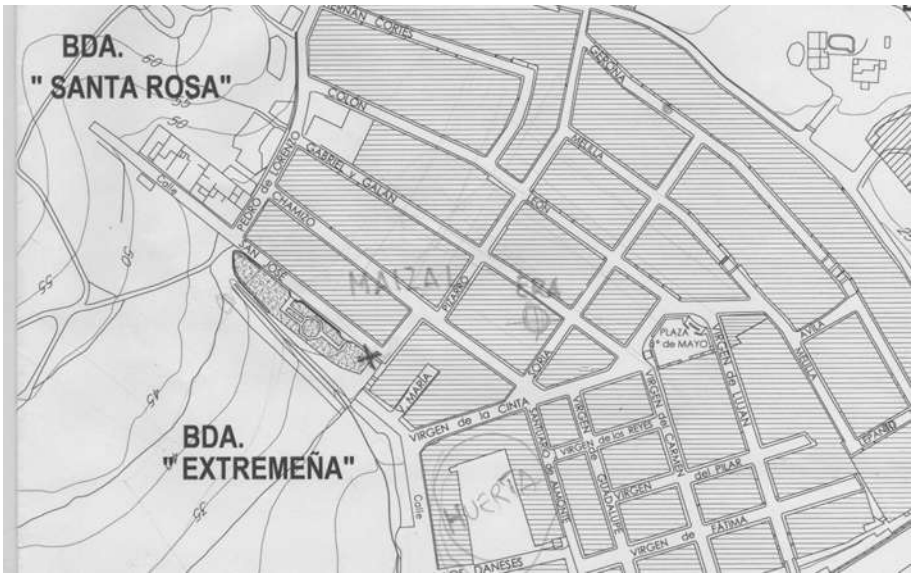

Fig. 7. Detalle del lugar de hallazgo de la Astarté, según Manuel Luque

darle mayor importancia.

Tampoco se la dieron en su casa, hasta el punto que la familia la usó hasta de martillo, para clavar puntillas con el pedestal, agarrada por la cabeza. Como sujetalibros la tuvo Manuel aproximadamente un año. Hasta un día en que, al volver del colegio, la echó en falta y, al preguntar por ella a su padre, éste le contestó que había venido un vecino, le había gustado y se la había vendido, no recuerda bien si por 5 o 6 duros. Lo que sí recuerda es que se hartó de llorar.

Del vecino solo sabe que era un hombre de aspecto agitanado, que ya murió hace tiempo y que a él, niño de 11años, nunca le dio ninguna noticia de lo que había hecho con su figurita. Y el padre, hombre autoritario, que todavía vive, tampoco ha querido hablar nunca del asunto cuando él ha pretendido hacerle ver la importancia de la figurita, ni ha consentido en ir a verla nunca al Museo.

Cuando la encontró, vivía en la C/ Gerona 72, que era entonces la última calle del pueblo por esta zona. Frente a las casas había un maizal en la parte alta, lo que ahora viene a ser el espacio entre las calles San José y Gerona, y una huerta en la baja, hasta la actual Calle Francisco de Ocaña. Junto al maizal, entre las calles Pizarro, Soria y Gabriel y Galán, se extendía una era (fig. 8).

Fig. 8. En casa de la Calle Gerona 72, de Camas, se guardó la Astarté los primeros años después de su hallazgo.

Este era el ambiente en que Manuel se desenvolvía de niño, y en el que él solía ir a colocar sus costillas para coger pajarillos en sus ratos libres, al salir del colegio.

Hemos visitado con él en otra ocasión este barrio, y la casa en la que la Astarté se hospedó por primera vez después de su hallazgo. Y hablado con los vecinos aún vivos que frecuentaban su casa y tuvieron oportunidad de verla en ella. E incluso nos hemos reunido con su padre, por ver si recordaba algo que pudiera ser de interés, y nos decía a nosotros lo que nunca había dicho a su hijo. Pero, hombre de pocas palabras, amable, pero serio, es un tema del que prefiere no hablar cuando el hijo alude a él por si recuerda quién era el vecino, cuánto dinero le pagó o cualquier otro detalle (fig. 9). Uno de los hermanos más jóvenes de Manuel, que regenta un bar en una calle próxima, es el que nos dice que solía usarla como martillo más a mano.

Con la venta de la estatuilla a aquel vecino agitanado, se pierde, pues, aparentemente todo rastro de la Astarté, la cual, sacada de la tierra, parece

hundirse ahora en las turbias aguas del mundo del comercio clandestino de antigüedades.

Fig. 9. A y B. Manuel Luque, camino de El Carambolo, y su padre.

Y aquí pueden venir en nuestra ayuda los datos que tan amablemente nos facilitaba D. José María de Mena. Y pensar que el obrero que, acompañado del Sr. Medina, fue a entregarle la estatuilla que decía haber hallado mientras excavaba una zanja y haberla escondido en su canasto de la comida para que no se la vieran los compañeros, fuera en realidad el vecino con aspecto agitanado de Manuel, que por cinco o seis duros la había comprado a su padre y entregado luego como si hubiera sido un hallazgo suyo, lo que parece haber merecido una indemnización de unas 10.000 pesetas.

Es irrelevante pensar si por medio pudo haber algún otro intermediario. Si el Sr. Medina de Radio Sevilla es el mismo que el Sr. Molina[1], escritor de temas taurinos, del que nos habla Mena en su libro (1989: 310), o es un simple eslabón de una cadena que no puede ser muy larga. Los datos concuerdan, aunque haya un cierto desajuste en las fechas[2]. Pero tampoco importa de manera especial, pues lo importante es conocer con exactitud el lugar del hallazgo. Y este lo tenemos ya. Y podemos decir que si el Cerro de El Carambolo se alza en la cota de los 89 m., y en esa se encontró el tesoro, la estatuilla apareció en la cota de los 30 o 35 m. Y a una distancia aproximada de unos 300 m. de los últimos restos arqueológicos descubiertos.

Hasta esa cota, o unos metros por debajo de ella, llegaría entonces seguramente el nivel del mar tartésico, aquel que facilitaría la llegada de los navegantes fenicios hasta el pie de El Carambolo. Y en esa orilla, después de haber desembarcado, es posible que levantaran los navegantes un altarcito a la diosa, y dejaran sobre él el exvoto de agradecimiento por haber "oído la voz de su plegaria", como reza la inscripción que podemos leer en el plinto.

Se había sugerido recientemente la posibilidad de que una de las construcciones descubiertas en las últimas excavaciones realizadas en el Cerro de El Carambolo pudiera haber sido el santuario de la diosa, que en ella habría aparecido, sugerencia que Marín Ceballos (2010: 506) se resistía a aceptar, pese a su indudable atractivo, dice, aconsejando que se mantuviera de momento

---

[1] Se trata de la misma persona. Nos saca de dudas nuestro querido amigo José Luis Garrido Bustamante, excelente locutor que fue durante muchos años de Radio Nacional de España y amigo de "Pepe Hidalgo Medina, hijo de Pepe Hidalgo Valero, muy aficionado a los toros y ambos ya fallecidos". El señor "Molina", pues, que aparece en el libro de Mena es una comprensible errata por "Medina". Nuestro agradecimiento a Garrido Bustamante.

[2] José María de Mena cree que el tesoro apareció el 30 de septiembre de 1956, y la Astarté, de acuerdo con los datos que le facilitó el obrero, el anterior día 29, para ser entregada en el Museo a finales del verano del año siguiente, 1957 (Mena, 1989: 310). Pero el tesoro apareció realmente el citado día de septiembre, pero de 1958. Y en el Museo consta como fecha de entrega de la Astarté por el Sr. Romero Murube "octubre de 1963", que en Sevilla puede ciertamente considerarse "finales de verano".

en el terreno de la hipótesis.

Hoy sabemos ya con toda exactitud dónde fue hallada la estatuilla, casi con la misma precisión que si hubiera sido encontrada en excavaciones. En el Ayuntamiento nos dicen que es posible que en fecha próxima se hagan algunas obras en la zona. Será preciso estar alerta. Ellos ya están alertados. Y el arqueólogo provincial de la Delegación de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, que ya podría estar informado a través de los arqueólogos que han trabajado en el cerro estos últimos años. Y Manuel Luque, que, ya jubilado, sigue viviendo en el mismo barrio que cuando era niño y ponía costillas para coger pajarillos, también vigila. Quizá podamos encontrar allí el santuario que algunos habían soñado en el "espectacular complejo arquitectónico" descubierto en la cumbre del cerro (Amores Carredano y otros, 2009: 17), lamentablemente cubierto después por un complejo encapsulado y "una costrosa capa de vergonzoso hormigón", como dice Escacena (2010: 132), para su mejor conservación, al parecer, y tras "verificar, sin duda, que se trata de un santuario fenicio consagrado a Astarté y Baal" (Amores, 2010: 398), pero que otros nos negamos a aceptar (Fernández y Buero, 2010: 88).

BIBLIOGRAFIA

Amores Carredano, F., “En torno a la conservación de El Carambolo. Realidades, ficciones, intereses y reflexiones”. En Bandera Romero, Mª. L. y Ferrer Albelda, E., *El Carambolo. 50 años de un tesoro*. Sevilla, 2010: 387-421. Universidad de Sevilla.

Aubet, M.ª E., *Tiro y las colonias fenicias de Occidente.* Barcelona, 1987. Ediciones Bellaterra.

Blanco Freijeiro, A., *Historia de Sevilla*. Sevilla, 1979.

Blázquez, J. Mª., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente.* Salamanca, 1975.

Bonnet, C., *Astarté.* Roma, 1996. Consiglio Nazionale delle Ricerche. Istituto per la Civiltá Fenicia e Punica.

Caballos Rufino, A. y Escacena Carrasco, J.L., *Tartesos y El Carambolo.* Sevilla, 1992. Ayuntamiento de Sevilla.

Carriazo, J. de M., *Protohistoria de Sevilla*. Sevilla, 1974. Ayuntamiento

-*Tartesos y El Carambolo*. Madrid, 1973. Ministerio de Educación y Ciencia.

-*El Carambolo*. Sevilla, 1978. Universidad de Sevilla. Colección de Bolsillo.

Escacena Carrasco, J.L., “El Carambolo y la construcción de la Arqueología tartésica”. En Bandera Romero, Mª. L. y Ferrer Albelda, E., *El Carambolo. 50 años de un tesoro*. Sevilla, 2010: 99-148. Universidad de Sevilla.

Fernández Flórez, Á. y Rodríguez Azogue, A., “El Carambolo, secuencia cronocultural del yacimiento. Síntesis de las intervenciones 2002-2005”. En Bandera Romero, Mª. L. y Ferrer Albelda, E., *El Carambolo. 50 años de un tesoro*. Sevilla, 2010: 203-270. Universidad de Sevilla.

Fernández Gómez, F. y Buero Martínez, Mª. S., “El problema del origen y cronología del Bronce Final Orientalizante en Andalucía Occidental, a través del fondo de cabaña de la Universidad Laboral de Sevilla. *Temas de Estética y Arte*, XXIV, 2010: 69-110. Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Sevilla.

García y Bellido, A., “Los bronces tartésicos”. En *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular.* Barcelona, 1969: 163-171.

Marín Ceballos, Mª. C., “Imagen y culto de Astarté en la Península. I. Las fuentes griegas y latinas”. En Bandera Romero, Mª. L. y Ferrer Albelda,

E., *El Carambolo. 50 años de un tesoro*. Sevilla, 2010: 491-512. Universidad de Sevilla.

Mena, J. Mª. de, *Historia de Sevilla*. Sevilla, 1970.

-*Curiosidades históricas de Sevilla.* Sevilla, 1989.

Solá Solé, J. Mª., "Nueva inscripción fenicia en España". *Rivista di Studi Orientali*, 41, 1966: 97ss.